

UN COMPAÑERO DE VIAJE NO IDEOLÓGICO: JEAN ROBERT Y EL DECRECIMIENTO

*A NON-IDEOLOGICAL FELLOW TRAVELER:
JEAN ROBERT AND THE DEGROWTH*

Marco Deriu

Università degli Studi di Parma/Asociación por el Decrecimiento, Parma, Italia
marco.deriu@unipr.it

Recibido: 5 de noviembre de 2021

Aceptado: 9 de diciembre de 2021

RESUMEN

Jean Robert representa una figura importante en la crítica a la economía y a la sociedad moderna y en particular en el debate sobre el post-desarrollo. En su investigación y reflexión ha profundizado sobre muchos de los temas que hoy están en el centro del debate sobre el decrecimiento. Muchos son los puntos de contacto, sin embargo, hay también especificidades y sensibilidades que vuelven el diálogo entre Robert y el decrecimiento todo menos que algo obvio. Un diálogo similar permite al contrario enfocar de manera más profunda el sentido de la propuesta del decrecimiento y al mismo tiempo comprender mejor la particularidad de la investigación de Robert.

Palabras clave: escasez, decrecimiento, prosperidad, post-desarrollo, Jean Robert.

ABSTRACT

Jean Robert represents an important figure in the critique of the economy and modern society, and in particular in the debate on post-development.



In his research and reflection, he has delved into many of the issues that are at the center of the debate on degrowth today. Although there are many points of contact, there are also specificities and sensitivities that make the dialogue between Robert and degrowth anything but obvious. A similar dialogue allows, on the contrary, to focus more deeply on the meaning of the degrowth proposal and at the same time better understand the particularity of Robert's research.

Keywords: scarcity, degrowth, prosperity, post-development, Jean Robert

Tuve la oportunidad de encontrar y tener un intercambio directo con Jean Robert sólo en una ocasión, durante los días de la Conferencia “Formas de lo común y sus potenciales ‘postcapitalistas’”, organizada por Margara Millán, Lucia Linsalata y Daniel Inclán, el 29 de noviembre de 2012, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Robert, quien en esa ocasión compartía sus comentarios sobre la participación de dos representantes del movimiento por el decrecimiento (Paolo Cacciari y yo), había destacado la diferenciación entre el “decrecimiento” como fenómeno económico y el “descrecimiento” como proyecto político consciente alternativo al crecimiento, como se había decidido llamarlo en la red mexicana.¹ En dicha oportunidad, Jean Robert usó una metáfora interesante; dijo que nuestra condición es como la de los enfermos de un hospital, dependientes de los medicamentos que nos dan. Pero son justamente estos medicamentos los que en realidad nos hacen sentirnos mal. Entonces, el problema es cómo liberarse de un hospital que nos mantiene con vida, pero que al mismo tiempo nos hace enfermar. En particular, Robert se planteaba la pregunta de si lo que nos hace enfermar no serán

¹ Me refiero aquí a la red mexicana por el “descrecimiento” promovida por el grupo ECOMUNIDADES (<http://red-ecomunidades.blogspot.com/>; <https://descrecimientomexico.blogspot.com/>).

precisamente esos conceptos económicos –escasez, crecimiento, desarrollo, empleo, energía, etc.– que implican toda una serie de supuestos, postulados, acciones y consecuencias negativas, pero de los cuales estamos tan impregnados que nos cuesta hablar sin usarlos. Este esfuerzo de cuestionar y explorar la realidad a profundidad más allá de las respuestas más obvias y prefabricadas, con el afán de conseguir una visión de conjunto, parece un rasgo característico de Robert. No es casualidad que en un intercambio con Majid Rahnema, Jean Robert recuerde que, desde que tenía dieciocho años, se sentía atormentado por una pregunta referente a la economía moderna como productora de cada vez más riqueza y cada vez más miseria: “¿la economía es acaso una máquina para producir extremos de riqueza y extremos de pobreza?” (Rahnema y Robert, 2010: 273).

Para contrastar esta lógica centrífuga, Robert sostenía que el concepto central sobre el que se funda la economía moderna, y que hay que poner en cuestión, es el de la escasez. A su manera de ver, nosotros los modernos nacimos en la sombra del axioma de la escasez y, por esto, estamos convencidos de que la economía y el comportamiento económico son la actitud natural del hombre. En cambio, escribió Robert, “el crecimiento de la producción de mercancías no es otra cosa que la contrapartida material de la desviación del imaginario social” (Robert, 1992: 155).

Esta reflexión constituye en efecto la perspectiva a través de la cual Jean Robert (por lo que pude apreciar) buscaba dialogar con el movimiento por el decrecimiento, del cual –como dijo en un encuentro en Puebla con Miguel Valencia y el naciente movimiento mexicano² se consideraba a sí mismo como un “compañero de camino”, aunque no un miembro.

² Primer Encuentro Preparatorio hacia un Encuentro Nacional o Mexicano sobre Decrecimiento, los días 25 y 26 de mayo de 2013, en el auditorio “Elena Garro” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP).

DISCUTIR EL CRECIMIENTO MÁS ALLÁ DE LA LÓGICA DE LA ESCASEZ

Con los teóricos del decrecimiento compartía seguramente un “escepticismo absoluto” hacia lo que llamamos “crecimiento económico”. La economía, estrictamente hablando, no es un organismo y como tal no puede crecer ni decrecer, de esta manera, Jean Robert subrayaba que el crecimiento es una “metáfora tóxica” cuando es aplicada a la economía.

Sin embargo, Robert, hacía una distinción entre “razones exógenas” y “razones endógenas” para criticar la economía y su imperio sobre la sociedad (Robert, 2013). Llamaba “exógenas” las críticas al modelo del crecimiento fundadas sobre los efectos de la economía hacia el mundo exterior, por ejemplo, los daños causados al medioambiente y, en general, la destrucción de la naturaleza. En cambio, para Robert existían razones “endógenas” para criticar la economía del crecimiento, a partir del hecho que, independientemente de los daños ambientales, la calidad de nuestra vida sería mejor si pudiéramos limitar el espacio que ocupa la economía.

Para Robert, así como para Illich, la economía moderna representa el terreno de aplicación de la “ley de la escasez”;³ desde esta perspectiva el crecimiento no es simplemente “el aumento de un montón de mercancías o de un pastel, sino una ampliación del dominio sujeto a la ‘ley de la escasez’”. Básicamente, a su manera de ver, el crecimiento de la economía es la expansión de la escasez, independientemente de la calidad real de los bienes disponibles. O, más precisamente, el tema de la escasez no se debe proyectar o “naturalizar” en la cantidad de bienes y recursos accesibles que supues-

³ Como cuenta Iván Illich, en los años setenta, él, Jean-Pierre Dupuy y Jean Robert llevaron adelante paralelamente, cada quien a su manera, una investigación sobre la génesis de esa escasez cuya existencia debe ser supuesta para que se pueda llegar a la economía, entendida como ciencia de los valores escasos. Cfr. Illich, 1985: 178-182).

tamente existen en cantidades limitadas y entonces serían “objetivamente” insuficientes para satisfacer las necesidades y los deseos de todos. Según Paul Dumouchel (1979: 138), en cuyo análisis se apoya Robert, esta concepción de la escasez revelaría entonces su doble carácter constitutivo ya que, por un lado, expondría a los seres humanos a los conflictos y a la violencia y, por otro lado, justificaría un rol para la economía, el de asegurar, a través del trabajo y el crecimiento, la satisfacción de las necesidades de todos y así garantizar la paz. Este doble carácter de la escasez vincularía entonces de manera indisoluble violencia y economía ya que, si no existiese la amenaza del desorden y de la violencia, no habría una justificación para el afán de crecimiento y la imposición de un determinado orden económico.

La escasez, en cambio –sostienen estos autores–, es un producto cultural y social que se impone justo cuando culturalmente se afirma una ideología económica que da luz verde a un deseo ilimitado de consumo, permitiéndolo o inclusive estimulándolo, y a una apropiación individualista y competitiva, en contraposición a las prácticas milenarias de muchas culturas que privilegian una lógica comunitaria de gestión y compartición de los bienes.

De esta manera, enfocarse excesivamente sobre la cantidad efectiva de recursos y bienes terminaría por esconder el hecho de que la escasez es, en primer lugar, un principio económico. Como lo expresa Robert,

La incapacidad de concebir la sociedad moderna sin un constante crecimiento de la esfera económica, es decir sin un constante crecimiento del dominio de la ley de la escasez, es más central que la incapacidad de concebir la sociedad sin la mera acumulación creciente de bienes económicos, como me parece que plantea, *grosso modo*, el movimiento del Decrecimiento. Estamos hablando de la incapacidad de concebir la economía fuera del postulado de la escasez, es decir, fuera de una cierta relación mimética (Robert, 2013).

No se trata entonces sólo de un movimiento de acento, sino del temor que la pura crítica exógena a la economía del crecimiento pueda, en el fondo, llevar a una simple adaptación, es decir, a un decrecimiento “puramente cuantitativo” o “econométrico”, tal vez bajo la amenaza de una posible catástrofe ecológica. En cambio, para él, se trataba de liberar nuestras existencias de la presión ejercida por las leyes económicas. La peor pesadilla sería entonces la de tener una expansión de la lógica económica (la extensión de la esfera de la escasez) acompañada por un decrecimiento de los bienes disponibles, en la lógica de una austeridad impuesta desde arriba.

En otras palabras, Robert se remite a una crítica del crecimiento que no se queda sólo en el ámbito de las convenciones economicistas, sino que pone en discusión las raíces morales y culturales del dominio económico.

ESCASEZ, ABUNDANCIA FRUGAL Y *DÉPENSE*⁴ EN EL DEBATE SOBRE EL DECRECIMIENTO

Recientemente Paolo Cacciari, en una publicación sobre el decrecimiento, recordó precisamente ese intercambio en la Ciudad de México, mostrando apreciar la reflexión de Jean Robert. Subrayó que el decrecimiento es un proceso de salida del modelo antropológico del *homo oeconomicus* egoísta y codicioso, individualista e insaciable, atrapado en una competencia para maximizar la extracción y la apropiación de las riquezas comunes. Y afirmó:

El decrecimiento puede funcionar sólo a través de un proceso de conciencia, es decir voluntario, elegido, dirigido; es la manera más inteligente, racional y deseable para que la humanidad dé un sentido histórico y concreto a su estar/transitar

⁴ En francés en el texto original. Se refiere al “gasto”, en este caso, más específicamente, al gasto social o en beneficio de la colectividad, N. de la T.

por la Tierra, no sólo para disminuir los impactos destructivos de su accionar, sino para encontrar una relación más satisfactoria con la naturaleza y entre los seres vivos, empezando por los de su propia especie. Aunque todavía estuvieran disponibles para el consumo todos los recursos que permitieran mantener este sistema de crecimiento, no querríamos continuar viviendo de esta manera. Se preguntó Jean Robert, arquitecto y colaborador de Iván Illich: “Independientemente de los daños evidentes ocasionados a la naturaleza, ¿no viviríamos mejor con menos economía? (Cacciari, 2020: 18).

En efecto, la reflexión de Jean Robert es ciertamente aguda e interesante. Vale la pena, sin embargo, notar que Robert no tenía el panorama completo de la complejidad de las posturas y del debate al interior del mundo del decrecimiento, en el cual, muchos de estos temas y posturas son tomados ampliamente en consideración.

Para empezar, Serge Latouche, el más conocido promotor de la perspectiva del decrecimiento, siempre ha reivindicado el hecho de que el eslogan provocatorio del decrecimiento estaba íntimamente conectado con lo que llamaba una “descolonización del imaginario” económico. Para Latouche (que se remite explícitamente al trabajo de Cornelius Castoriadis), de hecho, la economía se instituye originariamente en el imaginario. Y él sostiene que las posturas emergidas de la escuela del post-desarrollo y luego de los “partisanos⁵ del decrecimiento” se diferencian de otras críticas a la economía globalizada justamente porque no ubican el corazón del problema en el neo o ultraliberalismo, sino en la lógica misma del crecimiento entendido como esencia de lo económico. En este sentido, escribe Latouche, el proyecto del decrecimiento es radical:

⁵ El término *partisanos* hace referencia a los hombres y mujeres que hicieron la resistencia política y armada, en Italia y otros países, frente a ejércitos de ocupación y/o regímenes fascistas. Es un término que evoca la lucha por la libertad, por lo mismo, tiene una connotación diferente a la de “partidarios”. N. de la T.

No se trata de sustituir una *mala economía* con una *buena economía*, un *mal* crecimiento o un *mal* desarrollo con un *buen* crecimiento o un *buen* desarrollo, pintado de verde o de socialidad y equidad, inyectando dosis más o menos fuertes de regulación estatal o de hibridación con la lógica del don y de la solidaridad. Se trata más bien de *salir* rotundamente de la economía (Latouche, 2010: XI).

Latouche se da cuenta de cómo esta formulación puede ser fuente de malosentidos, por el hecho de que, para los contemporáneos, así profundamente impregnados en los términos y los supuestos económicos, se vuelve difícil entender que la “economía” no es un ámbito material de intercambios sino algo parecido a una religión.

Quando decimos que en términos estrictos deberíamos hablar de acrecimiento como se habla de ateísmo, se trata justamente de esto: de volverse ateos del crecimiento y de la economía (Latouche, 2010: XI).

En este trabajo de toma de distancia y deconstrucción del imaginario económico, Latouche rastrea muchas decenas de términos que constituyen el meollo de la economía y, en este contexto, clarifica que el imaginario económico se basa en una suerte de naturalismo de las necesidades y sobre la idea de escasez: ya que la naturaleza es tacaña es necesario relanzar continuamente la producción para la satisfacción de tales necesidades. Es necesario, entonces, poner en discusión estas bases imaginarias que fundamentan la economía. No es casualidad que Latouche aclara explícitamente que el proyecto del decrecimiento no es dictado por la “camisa de fuerza de la escasez, y de las necesidades, del cálculo económico y del *homo oeconomicus*” (Latouche, 2010: XII). Y de manera más explícita, en contra de las recetas de la austeridad, Latouche continúa asociando la propuesta del decrecimiento a la de una “abundancia frugal”, en antítesis con la ideología de la escasez; precisando así que la creación ilimitada de necesidades y productos, propuesta por la economía del crecimiento, no puede hacer más que llevar

a una creciente frustración, mientras que el proyecto del decrecimiento persigue una idea de felicidad a través de la autolimitación en los términos de una “abundancia frugal en una sociedad solidaria” (Latouche, 2012: 13-14). Una formulación suya, muy cercana a la que propone Jean Robert cuando, reflexionando sobre los aprendizajes derivados de la crisis financieras del 2008, destaca el hecho de que la “posibilidad de una prosperidad en la frugalidad es el real fundamento de cualquier subsistencia, la base de cualquier concepción cultural de la vida buena” (Robert, 2014: 181). Formulaciones similares, entonces, que encuentran probablemente una referencia en común en el trabajo de Marshall Sahlins y en su reflexión sobre la “sociedad primitiva⁶ opulenta” (Sahlins, 1980)⁷.

Ahora bien, además de Latouche hay otros teóricos del decrecimiento que han fundado su visión exactamente sobre un principio opuesto al de la escasez. Por ejemplo Onofrio Romano ha propuesto, hace ya muchos años, conjugar la idea de decrecimiento con la noción battaillana de gasto (*dépense*) en sentido social; en este caso, su perspectiva plantea que, en vez de oponerse a la privatización y acumulación individual de los bienes desde la lógica de la escasez, éstas se pueden contrastar con la idea de una energía excedente, que es bueno consumir suntuosamente o inclusive dilapidar colectivamente (Romano, 2008: 84-103; Romano, 2015: 86-89). Los coordinadores de un importante “vocabulario” del decrecimiento, Giacomo D’alisa, Federico Demaria y Giorgos Kallis, retoman también esta idea, contraponiendo

⁶ En el texto, Deriu la llama *sociedad “originaria” opulenta*, sin embargo, las traducciones al castellano de la obra de Sahlins la definen como “primitiva”. N. de la T.

⁷ Hay que tomar en cuenta que Robert y Latouche, además del hecho de que al menos en parte se leyeron mutuamente, también tienen muchos maestros y referencias en común, ciertamente Iván Illich pero también Marshall Sahlins, Cornelius Castoriadis, Jean Pierre Dupuy, Majid Rahnema, Wolfgang Sachs, Pierre Clastres, Karl Polanyi, Louis Dumont, Jacques Ellul, etc. No sorprende entonces encontrar diferentes puntos de contacto entre ambos pensadores.

a la ideología de la escasez/austeridad, difundida después de la crisis financiera, la idea de una sobriedad individual y una *dépense* social, es decir, la apelación a realizar gastos destinados genuinamente a la colectividad, como fiestas u otras iniciativas de carácter social. Ellos consideran la idea de la escasez como una construcción social vinculada a la idea de ahorro y acumulación capitalista, y recuperan, una vez más, la idea de Sahlins de una abundancia originaria ligada, no a un aumento de la productividad, sino a un desinterés hacia las lógicas de ahorro y enriquecimiento individuales. Dirigiéndose entonces a los llamados “ecologistas frugales”, afirman de manera provocativa que es mejor desperdiciar los recursos en suntuosos edificios públicos o en grandes fiestas que promover un principio de acumulación, acelerando todavía más la extracción de nuevos recursos y la degradación del medioambiente (D’Alisa *et al.*, 2015: 218).

Cito estas posturas explícitamente provocatorias para subrayar que el debate sobre el decrecimiento es en verdad bastante articulado y diversificado y no puede reconducirse a una visión simplista. Sin embargo, reconozco que la crítica de Robert no es infundada. Mantiene su pertinencia debido a que la perspectiva “objetivista” o “naturalista” que incorpora acriticamente la idea de una escasez natural de los recursos es efectivamente rastreable y difundida en las posturas menos evidentes de activistas y pensadores del movimiento del decrecimiento, quienes, a partir de este supuesto, tienden a insistir sobre los aspectos más perjudiciales del consumismo, pero sin llegar a poner en discusión las premisas antropológicas y sociales más amplias de la economía y del crecimiento. Entonces el llamado de Robert vale sin duda como advertencia y como acompañamiento crítico de esta realidad.

DE LA GUERRA A LA SUBSISTENCIA A LA RECUPERACIÓN DE LA AUTONOMÍA

En efecto, el tema del “*acompañamiento crítico*” me parece un enfoque de interpretación particularmente útil para enmarcar la herencia

de Jean Robert hacia el movimiento del decrecimiento, puesto que, por un lado, hay muchos y profundos puntos de contacto de temas, cuestiones, referencias entre la reflexión de Jean Robert y la del movimiento por el decrecimiento —el repensar el trabajo y el tema de la subsistencia; la relocalización y las luchas por la territorialidad; la defensa de los bienes comunes, la morfología social y la cuestión de la desmesura; la crítica a la velocidad y a la aceleración—. Pero además, por otro lado, sobre cada uno de estos puntos, Robert trae una perspectiva particularmente estimulante, capaz de trenzar con inteligencia y rigor análisis culturales, sociales y ecológicos.

Tomemos por ejemplo el tema de la subsistencia.

Toda la época moderna es una guerra en contra de la subsistencia, afirmó Jean Robert. Es una guerra en contra de los pueblos, en contra de ‘los de abajo’, para impedirles subsistir sin seguir las instrucciones del Estado y sin depender de las mercancías compradas en el Mercado (Robert, 2015: 12).

La mayor parte de la gente, fuera de occidente, sobrevive organizando su sustento en el ámbito informal, es decir, fuera del Estado y del mercado. Retomando un concepto de Illich, Robert indica como “*disvalor*” ese proceso que expropia los pueblos de sus capacidades autónomas de subsistencia, haciendo a las personas dependientes de mercancías y servicios heterónomos, es decir, producidos por realidades externas y lejanas:

podemos decir que la modernidad es también la época en que la mayor parte de las personas no trabajan la tierra y no construyen su casa, ni hacen sus muebles, sino tienen un trabajo en la industria o en la burocracia gracias al cual obtienen un salario que les permite comprar lo que ya no saben hacer. Y lo que no saben hacer es prácticamente todo. No producen lo que comen ni construyen su casa, no elaboran las herramientas del trabajo y han perdido toda capacidad de hacerlo (Robert, 2015: 18).

De esta manera, las personas terminan por hacer trabajos que generalmente no les interesan y que a menudo tienen un efecto destructivo en términos ambientales y sociales, solamente con el fin de obtener un salario a través del cual podrán acceder a ese nivel de consumo que parece definir la realidad misma de la ciudadanía real. El trabajo asalariado entonces reemplaza en los hechos, y contribuye a desvalorizar, cualquier actividad de subsistencia.

Muchos pobres, subraya Robert,

creen que el crecimiento de los indicadores económicos como el PIB representa una buena noticia para la despena familiar. No se dan cuenta que el crecimiento los hace cada vez más dependientes del Mercado y de un Estado enteramente a su servicio. El crecimiento de los indicadores económicos va de la mano de la pérdida de su autonomía, de su potencia primordial, que Spinoza creía sustancialmente indestructible, y de la cual, en cambio, el crecimiento de la economía amenaza hoy los cimientos, deteriorando la capacidad de subsistencia independiente de las personas y negando inclusive su capacidad innata de caminar (Robert, 2015: 37).

Estos temas son muy importantes también en el debate sobre el decrecimiento. En Italia, por ejemplo, la parte de movimiento del decrecimiento que retoma Maurizio Pallante y el eslogan del “decrecimiento feliz” siempre ha insistido en la distinción entre bienes y mercancías y en la necesidad de apuntar –al lado de la sobriedad– también hacia la autoproducción y la recuperación de una serie de saberes y competencias manuales o artesanales:

La cada vez mayor dependencia de las mercancías es consecuencia de una cada vez mayor incapacidad de autoproducir bienes. Para tener la necesidad de comprar todo lo que se ocupa para satisfacer las propias necesidades vitales hay que ser incapaces de todo. Solo quien no sabe hacer nada de lo que necesita puede volverse un consumista sin alternativas. La

condición de no saber producir ningún bien, o casi, en los países industrializados es ya generalizada (Pallante, 2005: 26).

Esta es la razón por la cual, en el interior del movimiento por el decrecimiento, por años se han promovido talleres dirigidos a reaprender diferentes prácticas y técnicas de autoproducción de bienes de uso cotidiano, así como se han estimulado formas de intercambio basadas en la reciprocidad.

Sin embargo, el tema de la autoproducción y de la disminución de la dependencia de los productos industriales se debe confrontar con lo que Illich llamaba el “monopolio radical” (Illich, 1993: 73-81), es decir, el hecho de que en una sociedad de mercado aún las necesidades más sencillas ya no pueden encontrar una respuesta fuera del comercio de objetos o bienes estandarizados. Se trate de viviendas, medios de transporte, bienes alimentarios, cuidados y medicamentos, formación, tecnologías, software, etc.; las posibilidades de autoproducir y satisfacer por uno mismo las propias necesidades o de producir formas de intercambio y comercio limitadas en una lógica de proximidad son limitadas, no sólo por las capacidades y los saberes, sino también por las leyes que reglamentan la producción y el intercambio, definiendo reglas, características y estándares pensados para la producción de mercado (frecuentemente en particular para la gran producción) más que para favorecer la autonomía de las personas, de las familias o de las comunidades.

Para Robert, la cuestión central es cómo defender y reconquistar una forma de autonomía y de libertad frente a una economía que produce sólo trabajo enajenado y dependencia del consumo. En esta dirección dentro y alrededor del mundo del decrecimiento, en el contexto europeo, se plantearon muchas propuestas que van desde la relocalización de las actividades a la restauración de la agricultura campesina, desde la renta básica a un techo máximo de renta, desde la abolición del PIB como indicador de progreso económico a la lucha contra la obsolescencia programada a través de la obligatoriedad de garantías extendidas o “derechos de reparación”, sólo para citar algunas. Además de estas propuestas de “políticas públicas”, muchos

activistas del decrecimiento han sostenido y retomado toda una serie de proyectos y acciones desde abajo que se pueden reconducir a formas de “acción directa”, es decir, a experiencias que proponen alternativas organizativas concretas o prácticas prefigurativas. Entre ellas, podemos retomar los Grupos de consumo solidario, los Distritos de economía solidaria, las experiencias de permacultura y *Community supported agriculture*, las prácticas de huertos urbanos y comunitarios, los talleres del “hazlo tú mismo”, los sistemas de intercambio local y apoyo a las monedas locales alternativas, las tiendas de segunda mano y de materiales reciclados, los mercados de trueque, etc.

Más en general, el tema de la economía de la subsistencia se ha vuelto a plantear en los últimos años dentro del debate del decrecimiento gracias también a la contribución del ecofeminismo, en particular, a partir de la Conferencia internacional sobre el decrecimiento, en Venecia en 2012⁸. En los últimos años, el diálogo entre decrecimiento y feminismo se ha ido expandiendo y ha encontrado espacios en las conferencias internacionales, en redes de estudiosos/as⁹, en publicaciones (por ejemplo, Kotari *et al.*, 2021) y, en general, en una nueva capacidad de proponer análisis interseccionales¹⁰.

RECOMENZAR DESDE LA TERRITORIALIDAD

Otro tema importante para Jean Robert es el de la “territorialidad”. Para Robert la cuestión de la territorialidad no se refiere sólo al dere-

⁸ Se encuentra registro de este debate en Deriu (2016), en particular, en mi introducción y en los ensayos de Veronika Bennholdt-Thomsen, Bruna Bruna Bianchi, Paola Melchiorri, Mary Mellor y en el volumen Cacciari y Castagnola (2018), en particular, en el ensayo de Alicia H. Puleo.

⁹ Ver la red *Feminism(s) and Degrowth Alliance* (FaDA) <https://www.de-growth.info/en/fada>

¹⁰ Un buen ejemplo en este sentido es Barca (2020). Véase también Deriu (2022), en proceso de publicación.

cho a la tierra para cultivar sino que abarca la relación de una comunidad con sus aguas, sus bosques, sus horizontes, pero también sus tradiciones y sus fiestas, en suma, todo lo que garantiza su propia existencia y reproducción. Él subraya cómo el desarrollo urbano contemporáneo representa un atentado a estas formas de arraigo, imponiendo desde arriba formas de habitar totalmente ajenas a un lugar particular:

La imposición desde arriba de viviendas diseñadas para mantenerse ajenas al lugar que ocupen, construidas después de que las excavadoras hayan borrado todas las huellas de las vidas pasadas, son el exacto contrario de la territorialidad (Robert, 2014: 35)

Esta destrucción de la territorialidad es otro aspecto de la guerra hacia la subsistencia, porque es sólo destrozando el lugar de vida y sus potencialidades que se podrán aniquilar verdaderamente las posibilidades de subsistir, volviendo así las personas totalmente dependientes del mercado global.

Por el contrario, Robert subraya cómo el territorio es inseparable de la idea de vida buena y de la subsistencia. La territorialidad para él es precisamente el nexo inseparable entre estas tres cosas. El tema de la territorialidad es muy importante también en el contexto italiano. Para empezar, porque se entrelaza con las luchas contra los llamados “megaproyectos”, por ejemplo, el movimiento “No Tav”¹¹ en Val de Susa (en contra de la construcción de la línea de ferrocarril Turín-Lyon), el movimiento “No Ponte” (en contra de la construcción del puente sobre el estrecho de Messina), el movimiento “No Trivelle”¹² (en contra de los proyectos de explotación, en la tierra firme o en el mar, de combustibles de fuentes fósiles), para citar sólo los ejemplos más conocidos con los que el movimiento por el decrecimiento siempre ha estado en sintonía.

¹¹ No Tav, por su sigla en italiano significa No al Tren de Alta Velocidad, N.de la T.

¹² No Barrenos, N.de la T.

Además, en el contexto italiano, un punto de referencia importante en el área del decrecimiento, son las reflexiones de los llamados “territorialistas”, que hablan de “conciencia del lugar” y del territorio como “sujeto viviente”, producido por ciudadanías activas involucradas en la experimentación de modelos sociales ecológico-territorialistas (Magnaghi, 2020: 18). Según Alberto Magnaghi, hay que trabajar alrededor de la idea de “nuevos pactos ciudad-campo”¹³ para la reconstrucción de las relaciones sinérgicas entre centros habitados y zonas rurales, para reconocer la contribución de todos los sujetos y para cuidar y revitalizar los lugares y los recursos necesarios a la reproducción de la vida: desde el agua hasta la comida, desde la tierra hasta la energía, desde los recursos energéticos y agroforestales hasta la gestión de los desechos.

Finalmente, no hay que olvidar que en la red italiana del decrecimiento en los últimos años, se ha desarrollado una particular atención, con encuentros, escuelas y publicaciones,¹⁴ al tema de los “bienes comunes” o “bienes colectivos”, tanto a través de la valoración de las muchas experiencias históricas regionales (las “Participanze” o “Comunali” en Emilia-Romagna, las “Vicinie” en Friuli-Venezia Giulia, las “Magnifiche Comunità” en Veneto, las “Regole” en la región alpina, las “Università Agrarie” en Lazio etc.), pero también a través de todas esas prácticas actuales de gestión compartida –que incluyen tierras, lagunas, bosques, consorcios hídricos, monasterios, fundaciones, condominios, aldeas, empresas, espacios culturales, medios y periódicos, etc.– comprometidas con la búsqueda comunitaria de la sostenibilidad y de la regeneración socio-ecológica de los territorios. El redescubrimiento de una posibilidad de experimentar prácticas de comunalizar (*commoning*), de propiedad o de gestión colectiva (entonces alternativa tanto

¹³ *Ibid.* p. 93 y 224.

¹⁴ Entre los textos de estudiosos/as del área del decrecimiento véase, por ejemplo: Modonesi y Tamino (2009); Cacciari (2010); Cacciari, Carstiato y Passeri (2012).

al mercado como al Estado) de bienes no sólo materiales, sino también culturales, sociales, ha representado, desde este punto de vista, un ámbito muy estimulante de reflexión y experimentación.

LA MORFOLOGÍA SOCIAL Y LA BÚSQUEDA DE UNA PROPORCIÓN

Otro punto de contacto entre las reflexiones de Jean Robert y las del movimiento del decrecimiento tiene que ver con el tema de la proporción y con el consecuente tema de la morfología social. Retomando autores clásicos como Thompson D'arcy y J.B.S. Haldane, Robert afirma que todo lo que está vivo está de alguna manera sujeto a las leyes de variación de las formas asociadas al tamaño o a las escalas. En otras palabras, en todo lo viviente la forma está estrechamente vinculada al tamaño, según un principio de proporción:

Nunca se verá un hipopótamo saltar una barda como una liebre. Un elefante, reducido proporcionalmente a las dimensiones de un ratón, tendría patas gruesas como salchichas. En cambio, las patas de una hormiga engrandecida hasta alcanzar las dimensiones de un perro no podrían aguantar su peso. Ningún ser viviente puede ser el modelo en escala de algo mucho más grande o mucho más pequeño (Robert, 2009: 130).

Entonces, a su manera de ver, las grandes dimensiones, no sólo de la economía y de las finanzas, sino también de los organismos sociales o de las instituciones estatales, constituyen, en su dinámica interna, una amenaza. También en el ámbito social o político, como lo había evidenciado Leopold Kohr (2020), existen unas proporciones óptimas. El análisis morfológico, según Robert, explica la violencia de la crisis financiera de 2008, y depende del gigantismo económico de las finanzas:

El análisis morfológico muestra en primer lugar que la violencia de las olas depende de las dimensiones del mar: un *tsunami* no se desata en un estanque o en un lago, sino que necesita un espacio de cientos o miles de kilómetros para alcanzar su *momentum*. De la misma manera, las olas de la tormenta financiera necesitaron del tamaño desmedido de los mercados financieros globalizados para adquirir su grandeza aterradora (Robert, 2009: 137).

Como había comprendido Kohr, la mayor parte de nuestras desgracias tienen origen en las dimensiones excesivas, y por cierto lo desmedido está en el corazón del capitalismo contemporáneo. También desde este punto de vista Robert reconoce que la idea de un crecimiento ilimitado es, en términos ecológicos, insensata y además dañina.

En efecto, este tema ha sido retomado en términos muy similares por algunos autores del decrecimiento. Entre ellos, Mauro Bonaiuti regresa a menudo en su obra a las cuestiones de la “escala”. En el texto “Growth and democracy: Trade-offs and paradoxes”, al interior de una *special issue* sobre “Democracia y decrecimiento”, por ejemplo, escribe:

Sobra decir que las principales diferencias entre los diferentes agentes económicos son una cuestión de escala; no obstante, en la ciencia económica esta cuestión de la escala ha sido envuelta por un silencio casi total. Aunque en el mundo económico existen microempresas compuestas por una persona y macro corporaciones capaces de alcanzar ganancias que superan el PIB de diferentes países, en los libros de texto de economía el proceso de producción se describe como si su escala fuera irrelevante. [...] Los biólogos fueron los primeros en reconocer el hecho fundamental que una variación de dimensión conlleva un cambio en la forma del organismo [ver Thompson, 1961]. Hay que atribuir al reconocido biólogo y genetista Haldane la intuición de que el crecimiento de tamaño puede conllevar alteraciones

en las formas de un organismo y que este principio puede ser trasladado también a nivel de las organizaciones sociales. En un breve ensayo escrito en los años entre las dos guerras, Haldane [1935] llegó a la lúcida conclusión que en la naturaleza, cada animal es de su justa talla, e intuyó también que, así como las ballenas no tienen la misma estructura de los arenques, de la misma manera no es posible reconciliar los ideales socialistas de equidad y emancipación con la escala de los imperios soviético o británico de la época (Bonaiuti, 2012: 521-532).

Bonaiuti trae este tema al ámbito político para recordar que la cooperación entre organizaciones descentralizadas, de pequeña escala, también informales, ofrecerá mayores posibilidades de éxito en términos de sostenibilidad ecológica, equidad social, promoción de la autonomía, en una óptica de transición hacia una sociedad del decrecimiento.

Si bien me reconozco en estas reflexiones, y en la valoración de las comunidades locales como bases para reforzar la autonomía, la participación y la democracia; creo que hoy en día es importante reconocer que, en el contexto actual, los territorios y las comunidades locales han cambiado de manera radical, y no corresponden para nada a la imagen simplista de pequeñas comunidades homogéneas e indiferenciadas (de hecho nunca lo han sido y hoy menos que nunca). Más bien se presentan como realidades plurales que hospedan una multiplicidad de subjetividades, portadoras de experiencias y elementos culturales, sociales, lingüísticos, religiosos, sexuales y generacionales, además de visiones y expectativas extremadamente diferenciadas y articuladas. Es necesario, entonces, promover una idea de democracia local a partir de aquellas “comunidades de destino” que representan hoy nuestras ciudades, nuestros barrios, nuestros campos, sin dejar de preguntarnos cómo las experiencias de convivencia y de democracia de proximidad se pueden enfrentar a las cuestiones de las exigencias sociales, ecológicas y políticas más amplias.

Desde este punto de vista, a la reflexión de Robert agregaría además la consideración de que el problema de la economía del crecimiento –y la crítica a ésta– no involucra solamente la relación con los recursos físicos y los bienes materiales, sino también la relación con los otros sujetos y las otras formas de vida. Se presenta así, desde este punto de vista, en los términos de una sexta extinción de las especies y de empobrecimiento del tejido viviente en el cual estamos sumergidos. Ciertamente ambas crisis se pueden leer en la lógica de la competencia mimética y del sacrificio (basándose sobre los análisis de Rençé Girard, Paul Dumouchel, Jean-Pierre Dupuy), y, en algunos aspectos, también en la “lógica económica de la escasez”, como propone Robert, pero, en este segundo caso, este enfoque presenta varios límites, el principal de ellos es que no conlleva una crítica al antropocentrismo ni, sobre todo, un cuestionamiento sobre el tipo de autopercepción y de relación con las otras formas vivientes. Hoy, la reflexión crítica de corte sustancialmente humanista de Robert (pero también de Illich) tiene que ser ampliada y repensada también a la luz de un cuestionamiento y una comprensión más amplia de las interdependencias y convivencia entre subjetividades humanas y no humanas.

Como bien ha sintetizado Judith Butler,

mi propia vida depende de la vida que no es mía, no sólo de la vida del Otro, sino de una amplia organización social y económica de vida. Entonces mi propia vida, mi supervivencia, depende de un amplio sentido de vida, uno que incluye la vida orgánica, vivos y sustentables entornos, y redes sociales que afirman y apoyan la interdependencia. Ellas constituyen quien soy yo, lo que significa que yo cedo parte de mi distintiva vida humana a manera de vivir, a manera de ser humano y todo lo que conlleva (Butler, 2013: 53-54).

La misma reflexión sobre la comunidad hoy no puede concluirse solamente con una reflexión entre seres humanos como si fuéramos independientes del más amplio entramado de seres vivientes

a nuestro alrededor. Tenemos que educarnos a pensar y practicar la política como actividad no sólo de relación entre humanos y entre comunidades de humanos, sino también de relación entre comunidades humanas y no humanas, no sólo en términos de poder, sino también términos de necesidades, intencionalidades, reconocimiento, respeto y cuidado.

HAY VIDA MÁS ALLÁ DEL CRECIMIENTO...

El ideal illichiano de una sociedad convivial, centrada en la producción autónoma de valores vernáculos y en el libre uso de las propias capacidades, apoyada por la instrumentación moderna, con el fin de reforzar (y no sustituir) la acción de los propios músculos (en contraste con la actual sociedad dominada por la Heteronomía), que Jean Robert identificaba como perspectiva de su trabajo (Robert, 1980: 180), es básicamente análogo a lo que proponen hoy los partisanos del decrecimiento, aunque utilizando otros lenguajes y metáforas. Hay, en el fondo, un entendimiento común sobre la existencia de umbrales dimensionales más allá de los cuales la producción, las tecnologías, la motorización, la velocidad, los aparatos médicos y educativos se transforman en sistemas contraproductivos.

Retomando los antecedentes del Decrecimiento en Francia –es decir “Mouvement anti-utilitariste en Sciences Sociales” (MAUSS), “L’objections de croissance”, *l’après-développement*, la crítica a los megaproyectos de infraestructura de transporte, hasta los “Casseurs de Pub”–, Jean Robert había expresado el deseo de que el Decrecimiento no se volviera el “atractor” o el punto de convergencia de estos diferentes movimientos sino más bien que se volvieran una “coalición de movimientos críticos”. Él mismo se definía, por ejemplo, un opositor de los excesos de los sistemas de transporte (Robert, 1980), en la misma lógica de los “objeto-

al crecimiento”¹⁵ que hoy promueven una cultura de la lentitud y celebran las virtudes de la bicicleta.

En este sentido Robert estaba listo para “estrechar una coalición” con el Decrecimiento, pero no a suscribirla “como una etiqueta” (Robert, 2013). Considero que su preocupación no era solamente la de evitar una ideologización, o la de ser a su vez etiquetado a su pesar, sino también se preocupaba, de manera igualmente comprensible, de que no se perdiera la riqueza de una compleja y articulada tradición de culturas políticas. Él probablemente deseaba una suerte de biodiversidad de las culturas críticas y entonces una lógica de coalición más que de fusión. Una coalición que puede nacer desde una conciencia común de que, como decía en su libro sobre la crisis financiera de 2008: “Hay vida después del crecimiento”, y ciertamente después del capitalismo y los reiterados colapsos de la Bolsa” (Robert, 2009: 138). Robert consideraba esencial preguntarse “¿qué es una vida buena?”. Estaba consciente de que esta cuestión remite inevitablemente a una diversidad de antropologías y traducciones, sin embargo, consideraba que la idea de una “prosperidad en la frugalidad” –o como diría Latouche, de una “abundancia frugal”– fue y sigue siendo el “verdadero fundamento de cualquier subsistencia, la base de cualquier concepción cultural de la vida buena” (Robert, 2009: 181).

Esta vida buena no será pensada ni vivida de la misma manera en cada lugar, sino que reflejará, de alguna manera, un espíritu del lugar o la historia de aquel territorio y de aquella comunidad.

¹⁵ La expresión “objetores de crecimiento”, citada también en francés con la mención al movimiento de “L’objections de croissance”, hace referencia a la práctica política de la “objeción de conciencia”, que reivindica el incumplimiento de disposiciones oficiales con argumentos de carácter ético o religioso, por ejemplo, rechazar cumplir con el servicio militar o rechazar practicar un aborto siendo médico, etc. En este caso se nombra a los activistas por el decrecimiento como “objetores”, recalcando que el crecimiento se plantea por el sistema como una ley a la cual algunos deciden sustraerse por violar su ética. N. de la T.

Por esto necesitaremos de un lenguaje abierto y plural. Encuentro consuelo e inspiración en el hecho de que uno de los productos más interesantes de la red internacional por el decrecimiento sea un volumen titulado *Pluriverso. Diccionario del post-desarrollo*, un trabajo que se refiere explícitamente al clásico Diccionario del desarrollo coordinado en los años 90 por Wolfgang Sachs (1992) y al cual contribuyeron, entre otros, también Jean Robert e Iván Illich. En la premisa al texto, los autores y autoras –Ashis Kothari, Ariel Salleh, Arturo Escobar, Federico Demaria, Alberto Acosta– originarios de cuatro diferentes continentes, afirman que imaginan el libro como una “contribución al viaje hacia un Tapiz Global de Alternativas (*Global Tapestry of Alternatives*), que refuerce la esperanza y la inspiración y que permita aprender de las experiencias de otras personas; que permita desarrollar estrategias de defensa y acción, que construya iniciativas de colaboración” (Kotari *et al.*, 2021: 30). Creo firmemente que un tapiz así le habría gustado también a Jean Robert.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barca, S. (2020). *Forces of Reproduction*. Cambridge.
- Bennholdt-Thomsen, V. (2016). “La sussistenza: una prospettiva per la transizione di civiltà. Un contributo ecofeminista alla decrescita”. En Deriu, M. (coord.), *Verso una civiltà della decrescita. Prospettive sulla transizione* (pp. 143-155). Marotta&Cafiero.
- Bianchi, B. (2016). “Ecofemminismo e decrescita: una convergenza possibile?” En Deriu, M. (coord.), *Verso una civiltà della decrescita. Prospettive sulla transizione* (pp. 156-174). Marotta&Cafiero.
- Bonaiuti, M. (2012). “Growth and democracy: Trade-offs and paradoxes”. *Futures*, 44(6), 524-534.
- Butler, J. (2013). *A chi spetta una buona vita?* Nottetempo.
- Cacciari, P. (coord.) (2010). *La società dei beni comuni*. Carta: Ediesse.
- Cacciari, P. (2020). *Decrescita. Un rovesciamento culturale*. Marotta&Cafiero.

- Cacciari, P.; Carestiatto N. y Passeri D. (coords.) (2012). *Viaggio nell'Italia dei beni comuni. Rassegna di gestioni condivise*. Marotta&Caferio.
- Cacciari, P. y Castagnola, A. (coords.) (2018). *La decrescita tra passato e futuro*. Marotta&Caferio.
- D'Alisa, G.; Demaria, F. y Kallis, G. (2015). *Degrowth. A Vocabulary for a new era*. Routledge.
- D'Arcy Thompson, W. (1961). *On Growth and Form*. Cambridge UK: Cambridge University Press.
- Deriu, M. (coord.) (2016). *Verso una civiltà della decrescita. Prospettive sulla transizione*. Marotta&Caferio.
- Deriu, M. (2016). "Introduzione. La decrescita come passaggio di civiltà". En Deriu M. (coord.), *Verso una civiltà della decrescita. Prospettive sulla transizione* (pp. 13-55). Marotta&Caferio.
- Deriu, M. (2022). *Rigenerazioni. Per una democrazia capace di futuro* (en proceso de publicación). Castelvecchi.
- Dumouchel, P. (1979). "L'ambivalence de la rareté. En P. Dumouchel y J.-P. Dupuy". En *L'Enfer des choses* (pp.135-254). Seuil.
- Haldane, J.B.S. (1935). *The Causes of Evolution*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Illich, I. (1993). *La Convivialità* (trad. it.). Red Edizioni, Como/Illich, I. (1975). *Tools for Conviviality*. Fontana/Collins.
- Illich, I. (1985). *Lavoro Ombra* (trad. it.). Arnoldo Mondadori/Illich Ivan (1981). *Shadow Work*. Marion Boyars Publishers.
- Kohr, L. (2020). *The breakdown of nations*. Cambridge: Green Books.
- Kotari, A.; Salleh, A.; Escobar, A.; Demaria, F. y Acosta, A. (eds.). (2021). *Pluriverso. Dizionario del post-sviluppo* (trad. it.). Orthotes/Kotari, A.; Salleh, A.; Escobar, A.; Demaria, F. y Acosta, A. (eds.) (2019). *Pluriverse. A Post-Development Dictionary*. New Delhi: Tulika Books.
- Latouche, S. (2010). *L'invenzione dell'economia* (trad. it.). Bollati Boringhieri/Latouche, S. (2005). *L'invention de l'économie*. Paris: Albin Michel, 2005.
- Latouche, S. (2012). *Per un'abbondanza frugale. Malintesi e controversie sulla decrescita*. Bollati Boringhieri/Latouche, S. (2011). *Vers une société d'abondance frugale. Contresens et controverses sur la décroissance*. Fayard/Mille et une nuits.
- Magnaghi, A. (2020). *Il principio territoriale*. Torino: Bollati Boringhieri.

- Melchiori, P. (2016). “Il contributo del femminismo all’economia della decrescita. Parallelismi/intersezioni/conflittualità”. En Deriu, M. (coord.), *Verso una civiltà della decrescita. Prospettive sulla transizione* (pp. 175-186). Marotta&Caferio.
- Mellor, M. (2016). “La politica economica ecofeminista come strada per la decrescita”. En Deriu, M. (coord.), *Verso una civiltà della decrescita* (pp. 248-261). Prospettive sulla transizione, Marotta&Caferio.
- Modonesi, C. y Tamino, G. (coords.) (2009). *Biodiversità e beni comuni*. Jaca Book.
- Pallante, M. (2005). *La decrescita felice*. Editori Riuniti.
- Puleo, A. H. (2018). “Donne e mutamento sociale: uno sguardo ecofeminista”. En Cacciari, P. y Castagnola, A. (coords.), *La decrescita tra passato e futuro* (pp. 191-203). Marotta&Caferio.
- Rahnema, M. y Robert, J. (2010) *La potenza dei poveri*. Jaca Book/Rahnema, M. y Robert, J. (2008). *La puissance des pauvres*. Actes Sud.
- Robert, J. (1992). *Tempo rubato*. Red Edizioni/Robert, J. (1980). *Le temps qu'on nous vole*. Seuil.
- Robert, J. (2010 [1992]). “Production”. En W. Sachs (ed.), *The Development Dictionary* (pp. 195-211, 2ª ed.). Zed Books; trad.it, (1998) “Produzione”. En Sachs, W. (ed.), *Dizionario dello sviluppo* (pp. 215-238). Edizioni Gruppo Abele.
- Robert, J., (2013). *La encrucijada del decrecimiento* [Discurso]. Primer Encuentro Preparatorio hacia un Encuentro Nacional o Mexicano sobre Decrecimiento. Auditorio “Elena Garro” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Revisado y publicado por el Bulletin de la Ligne d’Horizon bajo el título “Avant tout débat sur la décroissance : les deux types de croissance économique”.
- Robert, J. (2014). *Crisi. La rapina impunita. Come evitare che il rimedio sia peggiore del male*. Hermatena/Robert, J. (2009). *La crisis: el despojo impune. Cómo evitar que el remedio sea peor que el mal*. Chiapas: Universidad de la tierra; CI.de.Ci.
- Robert, J. (2015). *Sussistenza, autonomia, libertà. Che cos’è la libertà?* Hermatena/Robert, J. (2015). *Pour un sens commun en controverse. Dans le miroir de la ‘petite école’ zapatiste*.

- Romano O. (2008). “La ‘decrescita’ alla luce della *dépense*. Critica si una scommessa utilitarista”. En *La Comunione reversiva. Una teoria del valore sociale al di là del moderno* (pp. 84-103). Carocci.
- Romano O. (2015). “*Dépense*”. En D’Alisa, G.; Demaria, F. y Kallis, G., *Degrowth. A Vocabulary for a new era* (pp. 86-89). Routledge.
- Sachs, W. (ed.) (1998). *Dizionario dello sviluppo*. Edizioni Gruppo Abele/Sachs, W. (ed.) (2010 [1992]). *The Development Dictionary* (2^a ed.). Zed Book.
- Sahlins, M. (1980). *L’economia dell’età della pietra*. Bompiani/Sahlins, M. (1972). *Stone Age Economics*. Routledge.